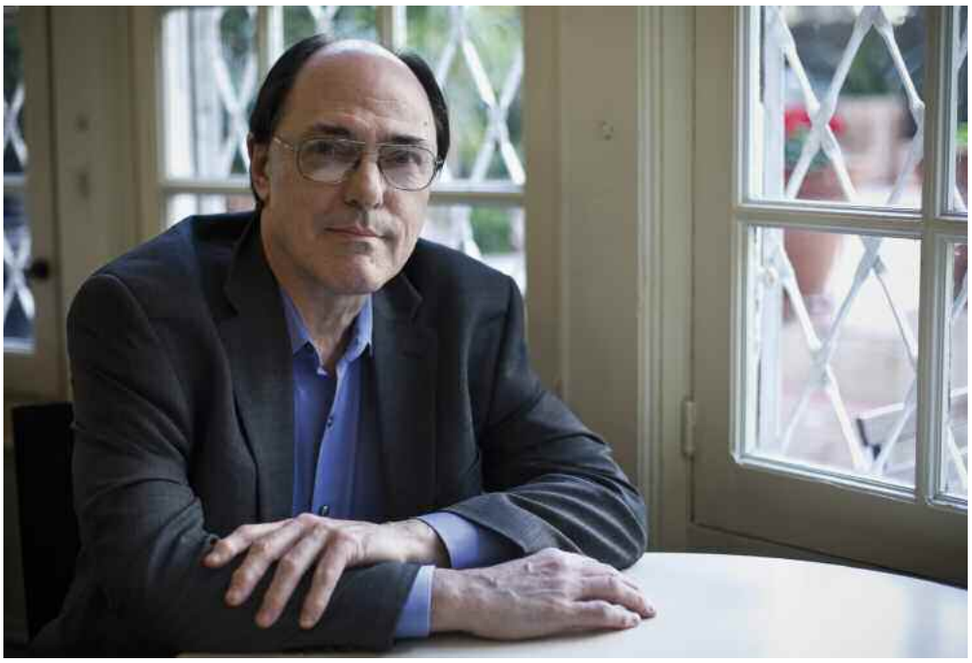

Postales desde el filo lisérgico. **Foto: Óscar García**

Geoffrey O'Brien

La culpa fue del LSD

Superviviente de la década de los sesenta, Geoffrey O'Brien regresa con "Tiempo de soñar" a aquella época en la que todo parecía posible con una colección de postales y fragmentos poéticos que recogen epifanías culturales y big bangs farmacológicos. **Por DAVID MORÁN**

Antes de convertirse en editor jefe de The Library Of America y en uno de los autores de cabecera de Bruce Springsteen con **"Sonata For Jukebox. Pop Music, Memory, And The Imagined Life"** (2004), el poeta y escritor Geoffrey O'Brien (Nueva York, 1948) fue uno de esos niños que nació bajo la amenaza nuclear y creció entre los difusos y borrosos márgenes de los sesenta. Un *baby boomer* de manual que alcanzó la veintena marcado por dos momentos de simbólica epifanía. El primero, en 1967, cuando una multitud congregada en Central Park para protestar contra la guerra de Vietnam le hizo pensar *"que había toda una generación en pie, y que era una fuerza realmente poderosa"*. El segundo, en 1971, cuando otra masa de gente deambulaba, derrotada y con la heroína sustituyendo al ácido, por Telegraph Avenue. El clímax y el ocaso de aquellos maravillosos años, resumido en dos imágenes que O'Brien diluye ahora entre reverencias a la Marvel y la cultura pop, aplausos a la nouvelle vague y los relatos de espías, y cantidades ingentes de LSD.

"Un montón de gente no sobrevivió a los sesenta, vivió experiencias horribles", sentencia O'Brien. Él, en cambio, no solo sobrevivió, sino que decidió recopilar sus propias experiencias y percepciones en **"Tiempo de soñar. Episodios de los sesenta"** (1988; Alpha Decay, 2015), un libro que encapsula momentos y sensaciones, revelaciones culturales y big bangs farmacológicos, para rebatir los *"estereotipos convencionales"* a los que fue reducida la década de los sesenta. *"Hay muchos aspectos de esa cultura, de esa época, que se han olvidado, como el intento de alcanzar un modo de vida más civilizado y abierto, con menos ansiedad. La gente, sin embargo, solo recuerda la locura, a Charles Manson y el colapso general"*, relata.

Quizá por eso, O'Brien esperó casi dos décadas (la edición original es de 1988) para dar forma a este *"mapa subjetivo de los sesenta"* y, con la perspectiva del paso del tiempo, comprendió que esto tenía que ser un relato de juventud, adolescencia y libertad, sí, pero, sobre todo, debía ser un libro sobre drogas. El LSD como catalizador universal y detonante final de una década prodigiosa en la que todo parecía posible. *"Era una droga muy poderosa. No hablamos de una idea, sino de un compuesto químico con efectos muy fuertes sobre el sistema nervioso. Y cuando tienes a toda una generación haciendo eso sin supervisión, el resultado es muy impredecible y salvaje. No puede decirse que hubiese un momento de inocencia ahí* –explica el autor–. *Además, el hecho de que los Beatles anunciasen que tomaban LSD tuvo una influencia incalculable. Fue como darle el sello de aprobado"*.

Los sesenta, queda claro, llegaron a su clímax impulsados por el ácido lisérgico, pero, en realidad, apunta O'Brien, el origen de todo hay que buscarlo un poco antes, en la década de los cincuenta. *"Aunque ahora tienen una imagen de conformistas, los años cincuenta en Estados Unidos fueron un período extraordinario en arte, música, escritura y cine. Gran parte del trabajo de los sesenta fue una extensión de lo que ocurrió en los cincuenta. El gran cambio fue que lo que era coto exclusivo de unos pocos se hizo popular. Muy popular. Incluso con el LSD pasó lo mismo: de repente, todo el mundo lo quería"*, explica sobre una montaña rusa que, una vez alcanzada la cima y disipada la bruma lisérgica, solo podía emprender el descenso.

"Empecé a escribir el libro durante la primera administración de Ronald Reagan y está claro que hubo un gran retroceso en todos los temas que se habían puesto sobre la mesa veinte años atrás. La lucha por los derechos civiles, la homosexualidad... Cosas como estas cambiaron de manera muy rápida y luego retrocedieron", lamenta O'Brien, para quien los tiempos han evolucionado inevitablemente a peor. *"En aquel entonces especulábamos con la sociedad de control, pero ahora es una realidad. Son cosas que la gente solo podía imaginar, temas sobre los que reflexionaban Thomas Pynchon o Stanley Kubrick que han acabado convirtiéndose en parte de la sociedad contemporánea"*. ■

GEOFFREY O'BRIEN

"Tiempo de soñar. Episodios de los sesenta" ALPHA DECAY

ENSAYO Ensayo autobiográfico, recreación poética, crónica contracultural, memorias psicotrópicas, colección de Polaroids más o menos autorreferenciales... A **"Tiempo de soñar. Episodios de los sesenta"** se le pueden poner muchos apellidos, pero, aun así, cuesta describir el estado de hipnosis en el que uno se sumerge mientras Geoffrey O'Brien va pasando revista a un pasado que no es solo el suyo, sino el de toda una generación que nació buscando Hiroshima en el mapa y creció sabiendo que para viajar no hacía falta mover un solo músculo.

Explica el propio autor neoyorquino que una de las cosas que más le preocupaba era cómo conseguir describir lo indescriptible –esto es: una experiencia psicotrópica–, por lo que no extraña que "Tiempo de soñar" sea una fascinante y extraña travesía sin rumbo aparente a través de jirones de una época en la que todo parecía líquido y difuso. Unos tiempos que O'Brien refleja de perfil, contemplando cómo la realidad se proyecta en las películas de espías, los cómics de Marvel, el activismo político o el hippie emprendedor y trajeado como portazo definitivo al sueño de la década de los sesenta, para acabar elaborando un relato altamente evocador y profundamente hipnótico. El retrato de una generación *"confiada y próspera"* que creyó en la libertad y en una manera diferente de circular por el mundo, pero que acabó despertando entre los bocinazos de la inevitable normalidad.

Con todo, no hay nostalgia en el libro de O'Brien. Mucho menos lamentos por una supuesta pérdida de la inocencia ya que, como señala el propio autor, *"¿cuándo hemos sido realmente inocentes?"*. ■